



EL PATRIOTISMO CUBANO SOSTIENE ESTE PERIÓDICO PARA CIRCULARLO GRATIS.

2.^a Poca.

Nueva York, Setiembre 21, 1849.—2.^o de La Verdad. For English part, see Second page.

Numero 43

LA VERDAD.

POR CORA MONTGOMERY.

"LUZ Y PAZ."

NUOVA YORK, Setiembre 21, de 1849.

LA ESPEDICION SECRETA.

Siglos distintos traen hábitos también distintos, hechos nuevos, especiales y que caracterizan una época, antes del todo desconocida. ¿Qué dijéramos hoy nosotros, si al respirar reposadamente el ambiente de la tarde, recitados sobre la verde yerba bajo una coposa encina, a la vista de nigüta torrecilla de la próxima cabana cogida, seguía hoy se fabrican las casas de campo, se nos apareciera, armado de punta en blanco, cieno espada, la Visera calada, el vecino mas cercano, a convidarnos a reunir nuestra gente de armas a la suya y a salir en su compañía, en persecución de algun desamado Barón, o a resistir las primeras espediciones de cierto Rey, tan mal parado a veces como el menor de los nobles; ora, en la, a la conquista del Santo Sepulcro de Jerusalem;—dejante estado social, que al través de, los tiempos nos parece lleno de zozura, é incomprendible y barbaro, fué no obstante, y como todos los que le han sucedido, uno de transición y de progreso, y no mas sorprendente y maravilloso a nuestros ojos, de lo que parecería a nuestros antepasados ó sucesores el sistema de las espediciones llamadas secretas tan de moda en los Estados Unidos, y que tienen la singular propiedad de poner en manos de los hombres del pueblo la causa de ese mismo pueblo. El lenguaje de los escritores de esta época y el amor entre los mortales, ceja para siempre fija en el horizonte de los siglos la estrecha de benevolencia que habia y ahora de guiar a los hombres en la senda gloriosa de su regeneración.

Quitar las cadenas a una porcion sobradamente distinguida del pueblo romano, suavizar la aspereza de los barbaros conquistadores del Norte, templar las leyes crueles de la guerra, a correr a huérfanos, enfermos y destituidos, en acontecimientos que las leyes no prevenian, imponer freno a los despotas y coartar legal y constitucionalmente las facultades de los monarcas; tales fueron los primeros efectos directos del Cristianismo.

Si la corrupción de una sociedad impura desde la antigüedad y la natural rebeldia de las pasiones humanas, empañaron alguna vez el brillo y candidez de su luz, en daño del hombre; viziáronse no óos tanto sobrados reflejos de ella para ostentar un divino origen, su curso invariable y eterno, y su progreso é indefinida difusión. La civilización cristiana se detuvo á la inestable e-tension de derechos individuales entre los ciudadanos de cada nación, y la preponderancia de los gobiernos apoyados en principios populares. A medida que la América, sin la remora de ancejos obstáculos, obrando con su naturalidad, vigen abundantes retornos a la industria, exagerada sin riesgo y con éxito feliz esa libertad tantas veces calumniada por sus enemigos, y convida a la inmigración europea; la Europa, cediendo al mismo influjo, ha visto demorarse sus raras estructuras de opresion, arrojando tambien ella misma la puerta a la aventureros de pobladores, con sus armas de guerra, y hambrientos y necesitados, han traído al Nuevo Mundo morindad, industria, riqueza, y odio inextinguible al despotismo, cuyo recuerdo como espectro, fatidico les atormenta. ¡Precioso recuerdo! que dando perpetua vida a su filantropía, inspira a los republicanos de los Estados Unidos el ansia de extender su bien estar á toda la especie humana: Hubo un tiempo en que este impulso generoso solo hallaba expresion en una voz apagada, débil, porque lo era también la República entre los sumos y contrapuestos gobiernos de la tierra; y fundó, porque los poderosos intereses mercantiles sofocaban el albigiano honor de paz. En pocos años ¡que mu-

tacion! El pueblo americano, ántes endeble y pequeño, engrasado por la inmigración liberal de Europa, es hoy ya fuerte y de proporciones colosales; el comercio gigantesco que sostiene con todos los mercados del mundo, ni puede perecer con una guerra, ni es ya como antes la base de la riqueza nacional; y finalmente, la voz de su filantropía, no es ya un grito, no, es un trueno que sobrevoca y resaca al mundo, estrechando los océanos de la tiranía. En vano quisieran los despotas despertar contra este gobierno tan amado de los gobernados, antipatías fundadas en la iniquidad. Los pueblos han comprendido que luchar contra los Estados Unidos es luchar contra su mejor amigo; que el principio de nacionalidad ha sido instrumento de opresion para avasallar a los muchos y en-ltecer a los pocos y menos dignos: han comprendido que su felicidad y la de sus hijos, la independencia y seguridad personal de ambos, son realidades, y que los recuerdos de Abel y de Pelayo, sueños inútiles si se espionan, sirven solo a engrandecer gobiernos tiránicos, y a conagrar abusos y perpetuar la miseria de las masas.

Todos los que una vez han respirado en aire libre y puro de la Confederación Norte-Americana, le echan menos si le pierden por un instante: los españoles mismos acababan de invocar el sagrado de sus instituciones en Nueva Orleáns en oposición a los mil que véntos defensores de la nacionalidad española, a esos gegos agénes de un deus bárbaro que no se comprende subsistiendo! I respíndame el señor: ¿tú que desde Washington vivías este mensurero.

La arteria de la diplomacia, los respetos que a los ridículos títulos de y preseros y monras se prestaban años atrás, y que tod via juegan en los contesiones y documentos oficiales, son un red frágil que este pueblo udz y generoso, ese leon inventor, despedazó con sus garras, sin escrupulo ni remordamientos, porque su mir da esta el vado en un brillante porvenir donde contempla como obra suya la regeneración del género humano y la gloria de su misión!

Luisiana, Misisipi, Florida, Tejas, Nuevo México, California, son víos é irrefragables testamentos de lo que cambios de sent y esperar; léjos de ser delirios, son hechos consumados, de todos al ac nec é imposibles de retirar.

Las reuniones públicas, el aislamiento de hombres y hast los preparativos belicosos, tienen lugar sin que la ley intervenga ó pueda intervenir para impedir lo que la ley en el pueblo apetece. La manera con que los periódicos de este p se hablan de la espedicion secret y no oja duda de que se le guarra mucha consideración. ¿Teñi, por objeto cesender la Unión Americana sobre territorio no gcau; ¿Conuacia aventureros ansiosos de fortuna a las lejanas orillas del Pacifico? ¿atentaba con el genio práctico anglo-americano añar las instituciones democráticas entre los Venezolanos? ¿Quiso volver los españoles—dominicos en Haití, ó prestar su apoyo l espíritu de Libert d que se respire en Cuba? Del todo indiferente a su especial destino, el pueblo americano, satisfecho de la noble misión de Libert d que la movía, no esó estero grande, ejecutado a su vista, y lo ha bastado saber que la concusión hubiera sido un triunfo de la causa del despotismo en América para pretar toda su simpatía. ¿Qué importa que una serie de circunstancias que pocos se han haya hecho fracasar la espedicion? Demostrado ha quedado que aun la pereros intervención del Gabinete de Washington no ha hecho mas que arrebatarse la última esperanza de popularidad que le quedaba, y que solamente logrando nuevo crece territorial a la Confederación; solamente tributando perpetuo homenaje al grito popular, podrá recuperarse el lugar que aspira a conservar el General Taylor en los corazones de

este pueblo. Y hay razón, y hay justicia en esta voluntaria firma de los Republicanos. ¿Qué! ataca las in nos por la franqueza y publicdad de sus actos y de sus principios, verá la poderosa República de los Hombres los incógnitos es fuerzas del despotismo así, en Europa como en América? ¿Verá emplearse los recursos y la sangre de los pueblos; el soborno, la corrupción y la prop gada armada todo para sofocar los deseos cítos en favor de las instituciones liberales, y no ptegrar siquiera sus simpatías en esta causa santa? No: la absoluta libertad que las leyes de la Unión conceden a sus ciudadanos por disponer de su vida y bienes a su alijo, y la garantía de que no serán juzgá s por presunciones, ofrecen constantemente un medio poderoso de auxilio a los que le ougen dentro del límite de sus estados—el dinero de la Tesorería del l ban gcau en México por reponer al l ban gcau la espedicion asesina de la Libertad Americana que debió conducir l General Flores al Ecuador, y ahora, en estos momentos solios para la Libertad Europea, las corrupciones de la causa y de la Francia, y los quejidos lastimeros de l Hungría, y del generoso pueblo de Roma, son leones y anuncios de m l género que seou conspirar y perpetuar l gero, a auda americana, antes que un nueva coalición de las testas coronadas menace ó hiera el Europa el sentimiento de s noble del corazon nio no. El pueblo Americano así le comprende, y cuando en la proxima reunion del Congreso lance su voz aterradora, l ansias del Despotismo corran, y su desaliento dara mayor rle a la victoria de los principios.

APUNTES DE "LA CRÓNICA."

Condición a la verdad enojosa la del esclavizado escritor que se ve obligado a decir lo que no siente, lo que le pone en ridículo, y por ventura lo que repugna a sus principios é inteligencia. Tal es en nuestro modo de ver, la posición de los redactores de "La Crónica." Cuantas veces, al contemplar la decencia, la circunspección y respeto a las personas; y á la verdad que los acérrimos defensores de la monarquía y de la legitimidad de un Orden elevado sostienen sus principios, habránse avergonzado de pertenecer a una facción que siguiendo el espíritu estrecho y menudoso del Pretor Cubano, sepa y desconfianza los hechos más notorios, y funda su esperanza en un cotar de su libro, un un vano y pueril empeño en detener el cambio de las ideas, y a ansio y comunión de los extranjeros y naturales en el país que rige! En la Habana, semejante método, aunque absurdo, est. en consonancia al menos con el aparato de fuerza aparente, con la marcha y contramarcha de tropas vestidas y lúmpas, con el silencio forzado de los habitantes, y con el piteo conuimiento de exaltar una censura previa que esplica el misterio y aleja la especie de imbecilidad que en otras circunstancias pudiera atribuirse a los redactores. Pero ciertamente hubiera sido más noble, más varonil, salir a la defensa de la administración, explicando materialmente la organización del sistema colonial español en Cuba, su estructura, sus bondades y su fuerza moral. ¡Qué apuro hubiera sido, no obstante, en inventar siquiera este camino! pero aun cuando los redactores hubieran deseado por su propio decoro disculpar los descastos y despojos de España en Cuba, entrando en materia, ¿lo habrían tolerado el año y despoja cubano? Sin embargo, como el plan de seguir

las grandes cuestiones es el menos espioso, porque por ventura hay alguna respuesta posible y satisficente que, sin mengua del nombre español, pueda darse al que pregunte hasta donde llegan las facultades omni-modes del Capitan General? ¿Si esa amplitud se limita a lo piteo y á los momentos de agitación ó revolución? ¿Si las libertades cubanas han menguado ó crecido despues del fallecimiento de Fernando? ¿Si representan los ayuntamientos al país como en el siglo pasado y principios del presente, por su manera de gobernarse y gobernar, y por sus atribuciones? ¿Si es cierto que ha abarcado la jurisdicción de todos los tribunales? ¿Con qué consultas se imponen las contribuciones en Cuba hoy, y con cuáles se imponían en vida del Rey.—¿Conseguimos que la situación de "La Crónica" es amarga. Por ejemplo: esa correspondencia de Madrid, tan minuciosa, tan mezquina en su lenguaje de cochavuela, que publica, donde el DUCQUE DE VALLADOLID en letras gordas representa un papel tan importante, y sus acciones más insignificantes se comentan como si fuera un ser privilegiado, algun parvato distinguido, que se agita, se redobla al inglés, y hace el piteo de los, casados Unidos con la existencia de "La Crónica" y el ridículo que su causa, y los reductores se ocultaran hasta de sus más inmediatos amigos, ó aparecer en titimo grado a usarse con la necesidad, la necesidad! Europa y América saben que Cuba estaba gobernada por instituciones semejantes a las de las provincias españolas, y que hace quince años se oia una promesa real, apoyada en Cortes, de constituir un sistema legal; que esto se hizo al tiempo de reorganizar a los diputados cubanos del Congreso español, y que se promesa tanos con la promesa de las Cortes, para su misma menara, y que el otro resultado que han dado ha sido un Gobierno militar, estado de sitio, perenne esclavismo europeo, y predominio de la fuerza brutal.

Insistimos pues en nuestra tema. La pobre redacción de "La Crónica" es digna de lastima. Así es que de un ultramarino, para, ha tenido que manifestarse disgustada en estos últimos tiempos de todos sus colegas americanos; y en la posición tan en que se ponen sus compromisos con la camarilla de Ferragud y con los pueros de la Habana, no se ven rendidos como para conservar su amistad con partido alguno de ese país. La Unión de Washington establece, aunque indicada como el papel de oficialmente contrario suyo, pero el North American de Filadelfia, y la Republic de Washington, órganos del Ministerio, y por lo mismo de color whig, cualquiera ciencia que fuece los últimos asilos de "La Crónica." Ella se queja, no obstante, y sus razones le deca asistir para ello. ¿Quién lo quejara,—por ventura soliamos sus redactores alla en sus rinceos, que tal habia de ser el verugo que se agudaría de este país, que no nos quedase ya que el autorico Mr. Clay! ¿Dios de los lobos: Hasta este recurso no ha sido arrebatado a "La Crónica"; ella se lamenta ya del National Intelligencer, del estreno de la derecha, del organo conservador hasta el centro! ¿Que le queas, pues? ¿A donde volverá los ojos? ¿No le ha llegado entonces la hora de decir—vamos con la musica a otra parte?

IMPORTANTISIMO AVISO.

PREMIO AL MÉRITO.

LA CRÓNICA de New-York ha recibido al fin del Gobierno Español de Cuba la distinción que ella merece como digno organo y Defensor suyo, exceptuandola de la absoluta y total prohibición de que en aquella Isla se introduzcan los periódicos de este país.

En este nuevo acto del Bajalato Español reconocemos la dignidad con que premia a sus leales servidores, y le felicitamos por tan notable muestra de acierto y munificencia.

debe ignorarlo el "Journal" si se digna dar crédito a "La Verdad."—El Sr. Píñillos conserva su empleo ("La Verdad") lo ha dicho, y es un hecho auténtico) porque ese Señor es quien mas y mejor conduce la vaca cubana, razon por que el comercio inglés al negociar su empréstito con España, exigió por condición sine qua non que el Sr. Píñillos no fuese removido de su cargo de latendante.

Porqué el comunicante cuando trata de probar que el Gobierno Español emplea indistintamente a Americanos y Europeos, no cita tambien a Don Angel Calderon de la Barca, que es hijo de América, y al General Quesada, habanero, a quien por servil mostraron los españoles peninsulares en Madrid? ¿Deja de haber aqui algun demócrata servicial ó necesario al partido, que se halla empleado por los whigs?

La alusion que se hace a la Junta de Fomento es absurda; y muy poco saben de asuntos de Cuba, ó muy poca es su educación, para que se comunicen cuando afirman que aquella corporacion ha protegido la inmigracion de blancos en Cuba. No hay cubano que ignore que algunos miembros de dicha Junta estan interesados y aun tienen considerable parte en las especulaciones, ó se ven obligados a hacer de la vista gorda. Tampoco hay cubano que ignore que esa Junta ha entorpecido, por cuantos medios han estado a su alcance, la colonizacion blanca, al punto que aparentaba fomentarla y protegerla. No hay, por fin, cubano alguno que no sepa que la fuente de los recursos pecuniarios de esa corporacion es el pueblo de Cuba, y que de esos recursos se dispone a maneara segun el capricho ó las interesadas miras del Capitan General, ó de los miembros de la Junta, sin otra consideracion de ninguna clase.

Aunque estos hechos merecen por sí solos la mas importante consideracion, no son ni los únicos ni los mas culminantes entre los a que se refiere el ilustrado y concienzudo comunicante del Journal; (quien no asegura ademas, que "su origen (el del comunicante se pierde de vista en los anales de América y que "aunque de avanzada edad espere vivir lo suficiente para ver el influjo que la politica de los Estados Unidos ha de ejercer en Europa.")

Muy larga es la tela del presente asunto, Señores Editores, y en las columnas de los últimos números del "Journal of Commerce" se encuentran otros muchos puntos como los que hevo indicado; mas, para despues me reservo el tratarlos con la debida atencion, presentando breve pero fielmente el actual estado social, politico, &c. de Cuba, por donde el señor comunicante ve, a par que cumplido su deseo, cuan poco se le atozca de ello, &c. confiese, alio, que me ha precedido con la mejor buena fe, que dignanos.

Soy de Vma como siempre at. S. S. S.

MARCELO ETNA.

(1) "As a colony of Spain she answers all our purposes in respect to trade, without the trouble of defending her."
"It is for our interest that she should remain as she is."
New-York Journal of Commerce.

Notice:—As this Periodical is devoted to the political interests of Cuba and Cuban patriots circulate it gratis, in order to render unnecessary applications which are made to us so frequently, in respect to its conditions of subscriptions, we publish this notice.

Persons residing in this City desirous of securing it will please apply to the office of publication at No. 47 Warren-street, or to the printing office of *La Verdad* at No. 102 Nassau-street, in the second story.

Persons residing out of the City and abroad will address themselves by letter (post paid) to the Editors of *La Verdad* in the City of New York.

T. E. of *La Verdad*.

INTELLIGENCE OF THE HIGHEST IMPORTANCE.

MERIT REWARDED.

La Crónica of New York has at last received from the Spanish government of Cuba the distinction, it so well deserves as its worthy organ and defender, in accepting it from the absolute and total prohibition, which precludes in that blessed island any news paper printed in this country, from being introduced there. We cannot forego recognising in this act of favor of the papal government of Spain the just-

ice and dignity with which it rewards loyal servitude and congratulate it on this remarkable proof it gives of delicate discrimination and munificence.

THE SECRET EXPEDITION.

Distinct epochs of the world carry with them distinct habits, new and special events which characterize an age wholly unknown before. What would we say if while resting carelessly in the green grass, watching the cool evening breeze sweep over some gothic cottage's graceful tower, as the country seats are built called now a days, there were to appear before us, armed in full array under the knightly vigor our next neighbor, inviting us calmly to assemble our men at arms and to sally forth in his company, either in the pursuit of some reckless Barou, or to oppose the first pretensions of some aspiring King as bully provided at times as the least of the nobles, or perchance to the conquest of the holy sepulchre of Jerusalem? Such a state of society which seen through the long perspective of time appears hazardous, incomprehensible and barbarous was notwithstanding, like all which have succeeded it, one of the transition and progress, and is not more surprising and marvellous in our eyes than could appear to the generations preceding or succeeding us the system of expeditions called secret so much in vogue in the United States and which possesses the singular property of placing in the hands of the people the cause of that same people. The Gospel of Jesus Christ since the day it proclaimed equality and love among men, laid fixed on the horizon of ages the benighted star which for ever is to guide mankind in the glorious path of their regeneration. To take away from the distinguished portion of the Roman people the chains of slavery, to soften the asperity of the barbarian conquerors coming from the North, to mitigate the ferocity of the laws of war, to minister to the wants of the orphan and the sick and the helpless in asylums not provided by the civil institutions of the times, to curb despotism and to limit legally and constitutionally the power of the monarchs; such were the successive and direct effects produced by Christianity. If the corruption of a society vicious from antiquity, and the natural rebellion of human passions occasionally and unfortunately for the fallen race, tarnished the lustre and purity of its light, sufficient sparks were kindled, however, to make manifest its divine origin, its invariable and eternal course, and its progressive and indefinite diffusion. The invaluable extension of individual rights among the citizens of each nation, and the preponderance of governments sustained by popular principles, are doubtless the work of Christian civilization.

While America unencumbered with olden obstacles, offering in her virgin nature ample return to industry, permitted successfully and without risk the uttermost enjoyment of that liberty so often calumniated by her enemies, and called for European emigration, Europe giving way to the same influence has witnessed the crumbling of her strange structures of tyranny, and had herself opened her outlets to the stream of peaceful emigrants, who without warlike arms, and hungry and needy have brought to the new world morality, industry, wealth, and indistinguishable hatred to despotism, the recollection of which haunts and torments them like an ominous spectre. Precious recollections! which by constantly giving life and spirit to their philanthropy inspire the republicans of the United States, with the wish and anxiety to extend their well being to the whole human race? There was a time when this generous impulse found vent only in a stifled voice, weak as was the republic amongst the remaining, and opposing governments of the earth, and timid because the mighty interests of commerce linked it in the name of peace. What change within a few years? The American confederacy, formerly so feeble and small, expanded by the emigration of European freemen, is now strong and gigantic in its proportions; the vast commerce carried on from its ports to the markets of the whole world can neither be destroyed by a war, nor, is it any longer the basis of the national wealth; and lastly the voice of American philanthropy, or call it liberating propaganda is no longer a feeble cry; it thunders star by star, and with unanimous tone to the awed and delighted millions, and also to the affrighted participants of tyranny. It is a vain task for despots to endeavour through a weak government so much beloved by the citizens under its sway, an ill grounded on each separate nationality. The people all over the world have become aware, that to make war on the United States, is to make war on their

best friend; they have become aware that the sentiment of nationality has been heretofore an instrument of oppression to enslave the greatest number, and to raise the few and less worthy; they have become aware that their and their children's well being, and the personal independence and safety of both, are positive realities, and that the reminiscences of the Cid and Pelajo, useless and idle dreams, if acted upon are only useful to enhance unworthy rulers, to consecrate abuses, and to perpetuate misery among the mass of the people.

All those who have once breathed the pure and free atmosphere of the American States miss it if they least sight of them but for a short while; the Spangards themselves have in New Orleans, at this very hour as it were appealed to the sacredness of their free institutions, in opposition to the machiavelic supporters of Spanish nationality and wicked agents of a blind tyranny, inconceivable under the influence of that freedom, which like a sun is ever diffusing light throughout this western hemisphere.

The petty arts of diplomacy, the regard given to the sophistical times of oppression and servitude in times past, and which still play their part in official communications and documents are final network which this bold and generous people, this unquenchable lion will tear asunder without scruple or remorse, his stern look fixed on the brilliant future where he contemplates mankind's regeneration, and his own glorious mission! Louisiana, Mississippi, Florida, Texas, New Mexico, California, are living and indisputable proofs that what we here assert is else than declamatory language; that these are truths within the reach of every reflecting man, and beyond all possible contradiction.

Public meetings, enlisting of men, even warlike preparations, may take place without the possibility of legal interference from the government, in whatever meets the sanction of the people. The tone in which the news papers of this city have spoken of the secret expedition, leaves no misapprehension as to the decided approval which it has merited at their hands. Whither was the expedition then directing its course? Was its objects to extend the limits of the American Union over Mexican territory? Was it to transport adventurers anxious to make a fortune in the distant shores of the Pacific? Did it intend by means of practical Anglo American genius to give stability to republican institutions amongst the Venezuelans? Was it an attempt to support the white Spanish race in Haiti, or the spirit of freedom waking in Cuba? Careless of its precise destination, convinced that the expedition was one step further, in the onward march of liberty, the American people have looked with kindly and enthusiastic feeling on this great effort carried on in their own sight; it has been enough for them to know, that its success would have been one additional triumph to republican America to excite their sympathy at once. What matters it that a series of circumstances which are known to few, should have caused the expedition to fail? It has left fully established that the interference of the cabinet, tardy though it came, has yet snatched from its members the last hope they had for popularity, and that it is only by a further increase of territory, only by ministering unceasing homage to the popular cry, that General Taylor can make a fortune in the place which he loves to hold in the heart of his countrymen. And there is reason and there is justice in this firm will of the republicans. What! shall the mighty commonwealth of humanity bound by the openness and publicity of her acts and principles, look upon the unwearied efforts of despotism both in Europe and America, upon the resources and the blood of the people, upon the bribery and corruption, and armed propaganda, all un-crupuliously employed to crush the natural attempts in favor of liberal institutions, without rendering their sympathy in a noble cause? No; shall the human liberty which the laws of the United States confer on their subjects in the disposal of their persons and fortunes, and the guaranty which they have that they never can be condemned on mere suppositions, will be constant and powerful means of aid for all seeking it under their jurisdiction to promote a glorious undertaking.

The funds from the Havana treasury spent in Mexico to re-establish monarchy; the partial and expedition destructive of American liberty, which General Flores was to guide to Equador; and at these present sorrowful moments for European freedom, the encroachments of Russia and France, and the doleful cries of the Hungarians, and of the generous Roman people, are lessons and forbidding warnings which should give fresh and fervent vigor to American propaganda before a new league of the crowned heads shall threaten to annihilate, or strike in Eu-

rope the noblest sentiment of the human heart. The American people are well aware of this, and when in the next meeting of Congress their thundering voice shall be heard, despotism shall let his wings fall to the ground, and dismayed and hopeless shall reflect additional brilliancy on the recendency and victory of liberal principles.

COMMUNICATION

Cuba and the Journal of Commerce.

Messrs. Editors of "La Verdad"

The kind reception which you on other occasions have granted to my scribbles, inclines me also to day to hope for an equal favor for this and other communications, which are to follow on the bed of this, in respect to the object indicated in the heading of this communication.

The engagement which the *Journal of Commerce* has officiously taken upon itself; the false and pernicious doctrines it sustains in order to uphold its engagement; the audacity with which it presents inexacto facts, and distorts the truth of facts in order to secure the objects it aims at; and lastly, the hypocrisy of the character in which this paper, that calls itself American, presents itself in the printing of a free press in this country and in our age—are all things too striking and impressive, that ought not to go abroad without note—are acts too shocking, that ought not to be concealed from a correct appreciation of a discerning and enlightened public.

I do certainly not claim the merit Messrs. Editors, of having first noted the mean egotism and narrow-minded selfishness, which guide the steps of the *Journal of Commerce*, that prides itself so much with its republicanism; but I certainly may presume, how much it grieves me that it has been able to stir up so much prejudice against our just cause; however, its real character is very well understood, and has before been intimated in all its hypocritical hollowisms by others, and if to-day I do the same thing over again, I know I strike out no novel path, but only follow the impulses of a more generous public.

To all ambitious those, who aspire to political freedom, to qualify some organization the enterprise of those who rise up for the conquest of their rights; to shun with the colours of disaster, solely to ruin the imposing picture of liberal and just republicanism; to the man of service, to him against the progress of enlightenment, and the spirit of republicanism.

Involving respect for the law; recommending a course of moderation and peace, sanctifying the blessings of order and resignation—is the mark and manner with which the enemy of humanity shields himself—this groveling vicegovernance is more contemptible to a any other person than the lark in the heart of man.

And thus we see exactly the mirror, the shadow and the substance which this model paper posted and promoter of Christian charities, this *Journal of Commerce* has assumed in struggle, which it detests both and against the true interests of the republic of the American continent and of oppressed humanity.

What is it that to that journal, that the industrial classes of Cuba knead their bread with their tears? What does it import to this journal, that the people of these United States pay double the price for many articles of first necessity, as sugar, tobacco, and other? What does it care, whether every soul breathing in Cuba is in the average weighed down by the enormous contribution of nearly forty dollars annually? Does it take any interest in the fact, that the farmers of these United States do not sell a better price, and cannot multiply manifold the amount of their exports in flour and grain, on account of the exorbitant duties levied on their productions in the Island of Cuba? Is it aggrieved by the fact, that the people of Cuba have to pay double the price which they ought to pay for every article imported there from these United States, and that the industrious classes of this country have no chance, but to enjoy the fruit of their toil, and to augment their exportation? Why should this journal cry out, when the merchant marine of the United States now-days, employed in the Havana trade, small as it is, has every year to contribute to the government of Spain, the enormous sum of nearly \$400,000 in tonnage, and that the number of vessels and men, who present find employment in that occupation does not double, as it would certainly do, were the enormous charges and onerous restrictions to disperse, with which the government grinds to the dust the commerce of the United States with Cuba?

And lastly, in order to compress the

whole, and not to tire our patience by heaping questions, what interest does it turn to take in the fact, that a million of our fellow men incessantly and without respite, are trodden down with every sort of vexation, and that the torrent which threatens to drown thousands of individuals and families in one common lot of misery—and despair is daily, is hourly swelling and augmenting? None—none whatever. All this is nothing, is a mere bubble to that egotist journal. According to the views of men of this class, the slightest possible risk, the smallest probability threatening to interfere with any one of their present enjoyments, the highest interests of humankind—all must be sacrificed. "As Colony of Spain," they say, "she answers all our purposes in respect to trade, without the trouble of defending her," and "it is for our interest, that she shall remain as she is." How far way from every great and generous sentiment, how ignorant of the true interests of his own country, which he feigns to defend, must that man be, who can give expressions to such thoughts to such views? And to be sure it is this truly noble sentiment, these exact and just views, which the benighted *Journal of Commerce* has been keeping on propounding to its readers in one of its editorials which was published last year, when it began putting its front against any movement in the island of Cuba. It is a matter of extreme regret to be obliged to hold up to contempt failings as such, but it is necessarily done; for the just cause of whole people cannot be permitted to become the football of every sordid brain, or malicious hypocrite, who may take a notion to kick it about in his delirium.

What then does the *Journal of Commerce* leave to be done by Don Angel Calderon de la Barca, by *La Cronica*, the worthy organ of the government, and minister of her Catholic majesty of all the Spains and Indies?

Where does it find precedents for such a monstrously repugnant doctrine? I will tell you: In a pack of individuals, who, putting no faith in a successful termination of a political movement in Cuba, and being afraid of seeing their momentary interests there compromised, close their ears against any suggestion of higher interests for the future of the island or forget them, and thus are capable of sacrificing every thing—every political and philanthropic consideration, through their fears in respect to the chance of a few thousand dollars, which they at present have invested in the traffic of the island of Cuba, without ever looking up to the immense benefits, they themselves would secure to them from a change of government in that unfortunate country.

The cause of Cuba is a matter that lies near to our heart, and in which many thousands of oppressed families take the most lively interest; it involves considerations of the highest degree, and well deserves the defence, all its true friends are able to sustain; and I know I do not stand alone, when I consider it my duty to enter the lists with any one who attacks it, whether from ignorance, or from meanness or any other selfish motive. It is true, also, which impels me to-day to occupy myself exclusively with the "Journal of Commerce," whose tortuous course, and systematic attacks on the cause of the island, I have been watching closely, with such apprehensions, for many months past.

The articles which we find recently inserted in that paper as communications, are full of errors, on many occasions, the insincerity of the writer, notwithstanding his show of purity of mind and the earnest tone to which the same endeavor to rise. Let us to-day only establish one example as to what we see to be the intention of the writer of said communication to the "Journal," arrogates so much of himself, can or ought to be so ignorant of the true cause when he for so many years maintained Señor Puelles in that post, and which the "Journal," at least, ought to have better known, if it is not altogether devoid of any unquestionable proof advanced in *La Cronica*. It is well known, and published in the streets as an authentic fact, that Señor Puelles is retained in his office "because we understand better and more thoroughly than any other person how to milk the cow of Cuba,"—reason enough for the merchants of England, in the negotiations for the loan they made to Spain, to stipulate from his charge of Intendant.

Why does the writer of these communications, when he talks so hard in proving to us that the government of Spain employs indiscriminately natives of America East and Europe, not also cite the example of Don Angel Calderon de la Barca, who was born in America, and general Quenda, born in Havana, whom we penalize Spanish dragoons through the streets of Madrid on account of his subject territory?

Have we not also here examples of servile democrats, without whom the whigs cannot do, who are not turned out of office?

The allusion made to the Committee of Improvements (Junta de Fomento) is absurd; and very little know the *Journal* and its correspondent writer of the affairs of Cuba, or care very little for obtaining correct information, when they affirm that that corporation favors and advances emigration of white persons. There is not one native of Cuba, who does not know that some members of that Junta are interested, and hold large shares in the expeditions, which are every year dispatched to Africa in search of slaves, and that the others either are cowed down by the preponderant influence of these same individuals, or are at least compelled to concur in the same. And it is also within the knowledge of every Cuban, that said Junta by all means in its power, and its transcendent influence has rendered nugatory the emigration of white persons, while at the same time it strives to keep up by all means, as if it sought to advance and protect the same. Nor is there one Cuban who does not know, that the source of all the pecuniary wealth of that corporation actually is the people of Cuba, and that this wealth is by bargain and sale secretly, farmed out according to the capricious pleasure of the Captain general, and his interested views, and those of the members of that same Junta, and without any other consideration whatever.

Although these facts are in themselves well worthy to claim our attention, they are neither the only ones nor the most prominent of the matters to which the conscientious writer of the communications in the "Journal of Commerce" refers, in view of his obvious purposes, assures us that "his origin is lost in the most ancient records of America,"—and although in the year of life, he hopes living to see what influence the policy of the United States is destined to exercise on the affairs of Europe?

To follow up these matters to-day, Messrs. Editors, would carry me beyond my prescribed limits; besides there are many other points touched on in the last numbers of the "Journal of Commerce" similar to those I have just now indicated, which I reserve for future comment, when I will endeavor, according to his wishes, to give a short but a faithful sketch of the actual social and political state of Cuba, and through which I shall endeavor to convince the author of those communications, if continued he can be, how little he knows of these matters; or to admit that he has not proceeded in the same with good faith.

Gentlemen, yours respectfully,
MANUELLE ENA,

FRANCE AND THE UNITED STATES.

The cabinet of Washington has just prepared his passport for Monsieur Pousin, the minister of the republic of France to this government.

We on our part regret exceedingly the possibility of war between this nation and France; but having observed and watched the course that revolutions in Europe have taken, and that they ultimately, all have surrendered to the temporary conquest of the ancient and far-seeing dynasties, by which the latter are now enabled to think of a restoration of the principles of brute force, in order afterwards to attack France standing alone, and having also perceived that the government of that nation, at the head of which there is a creature as ambitious as he is incapable, is joining in that suicidal policy, we must confess, we do not consider it so very difficult, that a state of mutual dislike and estrangement, if not a declared rupture between the two governments should take place.

Supposing for a moment this to be the actual state of things, then we think the position of these United States, without the possession of the island of Cuba, would in such circumstances be more dangerous in respect to the power of the French, than it would be in a struggle with any other nation of Europe. The political relations existing between France and Spain would effect a union between the two in a common cause against this country; and if the government of Her Catholic Majesty, in spite of all the activity displayed by its Minister, has to-day, in its cowardice, permitted its Consul in New Orleans to be humiliated, without daring even to whip per a word of consolation to him, that weakness would transform itself immediately into arrogance and a dugged obstinacy, as soon as she saw herself supported by France arming for war against the United States. If we are told that it is the Spanish Consul who has committed the insult against the American government and nation, we shall have simply to answer that the British subject, M. Lead, was charged with a crime here, and the Cab-

inet of his nation, with its accustomed energy, immediately put in its claims for his surrender, and insisted until M. Lead was found innocent and set at liberty.

We are afraid that this business will be more embroiled than the "Reptile" of Washington, and some others believe; and we defer for another time to return to this matter.

LAS CONVERSACIONES

DE
DON JUAN, DON GABRIEL Y DON FELIPE.
(Segunda Serie.)
CONVERSACION VI.

Interlocutores.
DON JUAN, DON GABRIEL Y DON FELIPE. DON JOSE GABRIEL, DON FELIPE, DON JOSE GABRIEL, DON FELIPE, DON JOSE GABRIEL, DON FELIPE.

[Continuacion]

PANCHO PEREZ.—Pues señor, el se queda como tal cosa, y sin dar que queja ni queja se fue al teatro a se descansar un poco.

DON JUAN.—Vamos a otra cosa. Uno de los principales y mas provechosos privilegios que tenemos los habitantes de los Estados Unidos es el de ser juzgados por un Jurado.

JOSE FELIPE.—Y como se constituye eso, Señor Don Juan?

DON JUAN.—Vamos se llama un cuerpo de hombres, ciudadanos y vecinos del pueblo, que se reune en el Tribunal para decidir acerca de la causa que se juzga y los cuales bajo juramento declaran su opinion con arreglo a la evidencia de los hechos que se presentan. La declaracion o decision del Jurado se llama veredicto o abdicacion.

DON JUAN.—Como se compone el Jurado en los Estados Unidos?

DON JUAN.—Pues señor, para conocer la justicia y decidir si un hombre tiene o no culpa, si es un criminal, si se le acusa mas o menos, si se le acusa que cometer una mala accion, ser hombre de bien y tener buena fama.

DON GABRIEL.—Vamos al caso de como se forma el Jurado?

DON JUAN.—Antes de que se empiecen a tomar las declaraciones y se proceda a otros tramites de la causa, el juez o el Jurado puede pedir el jurado por Jurado. Entonces el Juez se va a casa con el Jurado y un alguacil busca a los vecinos de las conveniencias convenientes.

DON GABRIEL.—Cuanto son esas conveniencias?

DON JUAN.—Primera, tener una propiedad de docecientos cincuenta pesos o la quinta; segunda, no tener relaciones de parentesco con las partes ni residar en la causa; tercera, no tener interes alguno en el caso; y cuarta, no haber tomado o manifestado anteriormente opinion alguna acerca de la decision que deba darse.

DON GABRIEL.—Todito eso esta muy bueno.

DON JUAN.—Cuando el alguacil ha encontrado los vecinos, hace una lista de sus nombres y devuelve con ella la orden del Juez. Los doce nombres se escriben en cuatro listas de papel y se coloca en una caja o en la copa de un sombrero.

CHUCHA.—Eso es, lo mismo que cuando se hace una rifa.

DON JUAN.—Pues, lo mismo. Entonces el juez mete la mano y saca seis nombres, una tras otra.

DON GABRIEL.—Y esos son los Jurados?

DON JUAN.—Si, es decir, en caso de que no se recusen a alguno, o a varios o a todos ellos por que no tengan las cualidades deseadas, en caso de que se recusen, se toma aquel o aquellos cuantos sean los requeridos, y se dan otros nombres.

DON GABRIEL.—Y si todos salen acrecidos?

DON JUAN.—Se continuan otros requeridos; pero es necesario advertir que la recusacion no se hace por odio, sino que se ha de fundar en justicia.

DON GABRIEL.—Bueno, yo tenemos formado el Jurado: vamos a ver ahora como procede esa gente.

darles el juez, si le parece, hasta que se pongan todos de acuerdo sobre la decision que deban dar en la causa, o los despida el juez porque se ven que es imposible que se convengan los Jurados.

JOSE FELIPE.—Pero intertanto ¿se gente no come ni bebe.

DON JUAN.—Así se están horas y horas y hasta un día o mas.

TIO CHANO.—Válgame la Vilgen! Asina les pagan el Jurado!

DON JUAN.—Ni un solo centavo.

JOSE FELIPE.—Supla!

TIO CHANO.—Y que ajillorio que tendrán los eventurosos en cuanto que les vaya entrando la jambe!

DON JUAN.—Es claro, pero el que en su conciencia cree que es tal o cual la decision que debe dar, no se conviene con los otros que piensan lo contrario, aun que no alimprete, ni coma ni cene.

DON GABRIEL.—Eso prueba la honrra de oren de esa gente.

JOSE FELIPE.—Habillito. Pero vamos a ver: si no se avienen a una misma cosa, ya yo se que cojen y la despancan y traen otros como delante; pero si se ponen todos a una...

DON JUAN.—En ese caso salen del lugar y uno de ellos que hace de catezo pronuncia a nombre de todos y delante del Tribunal la decision del Jurado. Por ejemplo, si se trata de la causa de un hombre que es acusado de haber matado a otro, los Jurados, espues de oidas las pruebas, la declaran, y todo, dicen: "ese hombre esta inocente," o "ese hombre es culpable." Si el Jurado declara lo primero, el Tribunal pone en libertad al acusado; pero si dice lo segundo, se le impone la pena que obra la Ley.

JOSE FELIPE A TIO CHANO.—Que bueno esta eso!

DON GABRIEL.—Por supuesto! Caramba, que aqui con el Cuento de los Jueces y los Asesores, la justicia se va para donde se arriman el unio Megicano, y sino lo quieren creer, que se acuerden de la *causita de San Juan*.

RIVERO.—Y si ustedes tienen la bondad yo les haré un cuento.

DON JUAN.—Vamos.

RIVERO.—Pues señor, ahora jure tres años un negro de mi compae Enrique fué y se le vino con un esclavo a un mayoral de un ingenio de Camariaca. Logaron el negro, le hicieron el sumario y lo mandaron preso por Maitanzas. Mi compae averiguó por el fiscal y supo que era un senal doval chiquito éi, cabezon y mas bregao que los los demagogos. Al fin se justaron por seis onzas y un dotoi juo como dos varas de escrito diciendo que el no estaba ni mas que pa sacal en limpio la verdad; que el negro era inocente y que era menester entregarselo otra vuelta a su amo y que todo yo. Pues senal, al otro dia va un compae donde el fiscal y le dice: "Señal doval, yo no puedo darle a usted más que cuatro onzas polque..."

Camara! y el dotoi va y coje y le dice "pues mire, lo mismo que he hecho otro escrito voy ahorricado mismo a jecer otro pa que manden a presidio su negro y dispues lo ahorrican pa costas." Entonces, camara, compae Enrique no tuvo mas remedio que metel mano a la vegiga y se sacó las seis catatas que cojio mi senal doval y se las comió en la faldiguera e ha bala.

JOSE FELIPE.—Y el negro?

RIVERO.—A la vuelta de un mes pasé yo por el sitio éi mi compae Enrique y lo coje suelo lo mismo que antes.

DON JUAN.—Pues eso, y mi ejemplares mas suceden cada dia y suceden o siempre mientras tengamos este mismo Gobierno.

DON GABRIEL.—Pero a mi se me ocurre una idea tocante al juicio de los Jurados. Si acontece que un señor caballero sea procesado por robo, ó por una muerte, ó por cualquier otra cosa, ¿querra someterse a la decision de unos hombres que no son iguales a él?

DON JUAN.—Iguales sí! Por supuesto que todos lo son. Y porque no? En los países libres, en las repúblicas, amigo Don Gabriel, no hay más nobreza, ni más distinciones, ni más méritos, que los que dan a cada uno su honrrado, su talento, sus buenas obras. ¿Que Usted que en los E. Unidos hay diferencia por nacimiento, por empleo, por riqueza ó por cualquiera de esas otras casualidades de la vida? No, señor!—Allí cada hombre es un ciudadano; tan bueno, tan digno y tan respetado como el Presidente mismo, mientras no falte a la Ley, mientras sea hombre de bien y cumpla con los deberes de su casa y de su patria. Tan digno es un carretero ó un carretonero honrado, de desempeñar el primer empleo, como el hombre mas rico y de mas antigua familia. En los Estados Unidos no hay más que dos especies de aristocracia: ó grandeza, y éstas don, una el talento, otra la virtud.

[A este tiempo se oye la campana del ingenio vecino que toca a silencio. Don Gabriel es el primero que se pone de pié; los concurrentes se retiran, y José Felipe lleva a sus huéspedes a sus respectivos aposentos. Cesa aquí esta conversacion.]